

Tap-tap, tap-tap, tap-tap. El sonido de las suelas de mis zapatillas Nike golpeando el asfalto mínimamente recalentado por el sol aun tímido de los primeros días de marzo, que anuncia el inicio de una primavera anticipada, marca el tempo de mis pensamientos. El sonido se intercala con el de mi respiración entrecortada. Una inspiración larga, dos espiraciones cortas. Mi aliento se mezcla con el aire aun fresco de la mañana santanderina. Echo un último vistazo al reloj antes de dejarme arrastrar por mis pasos: kilómetro 2,7.

Es invierno. Invierno de verdad. El aire frío me golpea en las pocas superficies de mi cuerpo que quedan expuestas: en la frente, en la parte superior de las mejillas, en las orejas, en las manos. Avanzo despacio, parándome cada dos pasos para recolocarme la bufanda, que una y otra vez se desenrolla de mi cuello ¿Qué pasa? Me preguntas al notar que me voy quedando detrás de ti. Se me cae, te contesto, refunfuñando como suelo hacer cuando las cosas no salen exactamente como a mí me gustaría. Debo ofrecer una estampa graciosa, con mi ceño fruncido intentando alcanzar torpemente el extremo de la bufanda que cuelga a mi espalda, a merced del viento, porque no puedes evitar reírte mientras acudes en mi rescate. Me la recolocas, de alguna forma incomprendible que hace que deje de molestarme, y me coges de la mano para avanzar, por fin, a un ritmo normal.

Mientras tiras de mi brazo, me permito el placer de dejar de concentrarme en el acto de caminar a tu ritmo, y voy observando con atención a los transeúntes con los que compartimos la acera conforme subimos la cuesta de vuestra casa. ¿Dónde vamos, abuelo? Te pregunto. Se me ha olvidado ya, como suele pasarme ante cualquier incremento significativo de estímulos a mi alrededor, que hace tan solo unos minutos estaba terriblemente enfadado contigo por arrastrarme fuera de casa, lejos de mi muy estimada Game Boy Color. Te voy a enseñar un sitio especial, me respondes, sonriendo. Tus ojos aparecen por debajo de tu boina más brillantes que de costumbre, y una conocida sensación de anticipación se instala en la parte baja de mi tripa, forzándome a aligerar inconscientemente la marcha.

Tras avanzar unas decenas de metros más, mi impaciencia empieza a ser insoportable. ¿Falta mucho? No, ya casi estamos. ¿Podemos parar en el parque, abuelo? Aunque quiero llegar al destino que me ofreces, la cercanía del tobogán más divertido del barrio

me distrae de mi objetivo. ¿No crees que hace un poco de frío para estar jugando fuera? Me preguntas. Si no te gusta el sitio donde te llevo, luego vamos al parque, ¿vale? Me convences. Esa es una de las cosas que más me gusta de ti, abuelo. Que pactas conmigo en lugar de imponerme tu opinión como hacen la mayoría de los adultos. Bueno, quizás no pactas. Pero al menos te tomas la molestia de fingir que lo haces. ¡De acuerdo! Te contesto, satisfecho.

Llegamos a la plaza de la Comisaría de Policía, donde vine con mamá el año pasado a hacerme el carné de identidad. Como he estado aquí innumerables veces, tengo completamente asimilado en el paisaje el edificio cúbico gris y azulado que aparece ante nosotros. Te paras y te quedas mirándolo fijamente. Ahí es donde vamos, me dices. ¿Qué hay dentro? Lo vas a ver en seguida.

Me apresuro a entrar pegado a ti en el triángulo móvil que delimita la puerta giratoria, cuyo movimiento cíclico aun me impone respeto, y nos encontramos dentro de un amplio recibidor que, a primera vista y aun desconocedor de los tesoros que esconde este edificio, no me genera más impresión inicial que el alivio de la calefacción. Tú nos alejas de la entrada para no obstaculizar el paso, te quitas la boina, te desabrochas el abrigo y te agachas para poder mirarme a los ojos mientras me agarras el brazo cariñosa pero firmemente, lo que le otorga al momento cierta solemnidad. Tu gesto es serio, pero tus ojos siguen sonriéndome como antes. Ahora te voy a enseñar mi sitio favorito del mundo, me dices, donde viven todos los personajes de nuestros cuentos preferidos. Es un sitio especial, donde el tiempo pasa muy deprisa y a la vez puedes sentir que has vivido cientos de años en unas pocas horas. La única norma es que tienes que hablar bajito y siempre tener las manos limpias ¿estás listo? Estoy listo, te respondo.

Tap-tap, tap-tap, tap-tap. El ladrido de un pequeño chihuahua contra un perro más grande que él, motivado por la seguridad de saberse protegido por su dueño y por las correas que los sujetan a ambos, me devuelve al presente: kilómetro 4. Me sorprendo al descubrir que, inmerso como estaba en mi recuerdo, he superado la cuesta del Palacio de Festivales sin apenas ser consciente de ello. Levanto la cabeza para disfrutar de la visión del Puntal, aprovechando el cielo despejado sobre la bahía.

Me fascina la nitidez con la que recuerdo las palabras que me dirigió mi abuelo aquella primera vez que me invitó a compartir con él su sitio especial, la biblioteca del barrio. Después de ese día, en el que yo todavía era torpe con la lectura y aun no me había planteado que pudiese ser una fuente de placer y entretenimiento, pasé muchas tardes de mi infancia con él en ese lugar. Él se sentaba en las mesas del fondo y leía con atención mientras yo manoseaba todos los libros a mi alcance en la sección infantil, abriendo una y otra vez los mismos ejemplares con desplegables desgastados en las esquinas y aventurándome con historias cada vez un poquito más largas, con la letra algo más pequeña y con menos dibujos. Conforme crecí y adquirí nuevas aficiones, amistades y responsabilidades, esas largas visitas a la biblioteca se fueron reduciendo en frecuencia y en duración, optando cada vez más a menudo por coger los libros en préstamo en vez de pasar tiempo allí.

Pasada la península de la Magdalena, cuando afronto la larga pendiente descendente que siempre me permite apretar el ritmo, me dejo llevar por otro recuerdo, mucho más reciente en esta ocasión.

Empiezo a sentir las punzadas sobre la órbita derecha que me anuncian que mi dolor de cabeza es incipiente. Cierro los ojos un instante mientras me froto con fuerza la zona, lo que me alivia, aunque sea solo momentáneamente. Me siento cansado y agobiado, la tarea de dominar el contenido de la tonelada de apuntes que se amontona delante de mí me parece inabarcable y el cansancio acumulado de las horas de clase de la mañana me vuelve extraordinariamente irritable. A mi lado, un compañero de la residencia golpea rítmicamente el papel con el bolígrafo produciendo un sonido constante pero apenas audible desde cualquier otra posición de la biblioteca, con lo que, antes de llamarle la atención sobre una acción que lógicamente solo me molesta a mí, decido que quizás ha llegado la hora de hacer un descanso del estudio y salir a tomar el aire.

Con mi chaqueta y mi teléfono móvil en la mano, atravieso el pasillo que conduce a la calle y, tras saludar a dos conocidos que fuman en la puerta de la residencia en lo que parece ser un descanso de estudio alargado mucho más de lo previsto, emprendo mi tradicional vuelta a la manzana -autoimpuesta como límite de tiempo de descanso- y compruebo las notificaciones del móvil. Me sorprende encontrar una llamada perdida tuya. Pulso sobre tu nombre para devolvértela y, en menos de dos tonos, obtengo un

jovial saludo por tu parte. Te acuerdas de Pedro, el de la casa de la esquina, me preguntas. Mañana va a Madrid por una cosa de su empresa y te lleva una sorpresa de mi parte, continúas tras mi respuesta afirmativa. No consigo sacarte más información al respecto en esa llamada, pero logras distraerme de mi dolor de cabeza y mantenerme intrigado.

Las clases del miércoles se me pasan lentas, anoche se me hizo más tarde de la cuenta y no termino de comprender la materia. Arrastro los pies por la calle, con ganas de llegar al comedor y calmar el rugido de mi estómago, que me acompaña desde hace al menos una hora. Atravieso la puerta principal de la residencia y saludo distraídamente al conserje. Te han traído una cosa esta mañana, me dice, tras devolverme el saludo. Reconozco tu cuidada caligrafía de otra época sobre uno de los dos paquetes, envuelto en papel de periódico. El penetrante olor a canela que emana del segundo paquete me traslada a la pastelería del barrio. Emocionado, olvido por un momento mis ganas de comer y me dirijo a mi habitación para guardar a buen recaudo mis dos tesoros: un libro, como no podía ser de otra manera, y el bollo de canela que siempre se ha comido en vuestra casa por Semana Santa. No puedes hacerte a la idea de la ilusión que me ha hecho, abuelo, te digo por teléfono pocos minutos después. No te lo comas solo, es tu respuesta, y tu voz suena satisfecha por el éxito de tu idea. Omito, por irrelevantes, los hechos de que ya he leído el libro y de que llevo cinco pascuas evitando a toda costa ese postre porque no soporto la canela. Ninguno de ellos es en absoluto incompatible con la realidad de mi afirmación.

Tap-tap, tap-tap. Una inspiración larga, dos espiraciones cortas. Se me escapa la risa al recordar cómo disfrutaron mis amigos de los postres de canela sucesivos que recibí los dos años siguientes en Semana Santa, lo que me hace perder el ritmo de la respiración por un momento y sentir una pequeña punzada en el costado derecho que me advierte del riesgo de que me dé flato. Kilómetro 6, y encaro aun con energía la cuesta arriba que conduce a Piquío, mientras adelanto a una corredora que luce orgullosa la camiseta de la Behobia del año pasado.

Independientemente del tiempo que pasase, sin importar cuantos años hubiésemos cumplido, él siempre lograba, con sus detalles personalizados y con sus bromas privadas, hacernos sentir especiales a cada uno de nosotros, sus nietos. Nunca utilizaba el mismo

recurso más de una vez, en cada ocasión sacaba un nuevo as de la manga. Jamás se le habría ocurrido llevar a la inquieta y ruidosa Paula a la biblioteca como hizo conmigo ni le habría enviado al eternamente preocupado por su figura Javier un dulce como sorpresa. De igual manera, nunca me habría sorprendido a mí, que desde que tengo memoria planifico minuciosamente con meses de antelación a qué dedico cada minuto, presentándose en mi puerta sin avisar para pasar la tarde juntos, pues el riesgo de obligarme a renunciar a otro compromiso habría sido demasiado elevado.

Me llama la atención lo tranquilo que parece hoy el mar, que ni se acerca al paseo marítimo, cuando algunos días tengo que alejarme del borde para que no me alcancen sus heladas salpicaduras sobre las rodillas descubiertas. Los 7 kilómetros recorridos van pesándome en las piernas y en los pulmones mientras encaro el último tramo, que me conduce hasta el Hotel Chiqui.

Subo los escalones bajos que conducen a la entrada de tu casa sosteniendo con firmeza la bolsa de tela cargada de libros que la bibliotecaria te tenía reservados. Desde hace meses casi nunca vas en persona a recogerlos, pues la cuesta por la que hace años me arrastrabas de la mano mientras yo trataba en vano de recolocar mi bufanda ahora supone un obstáculo difícilmente salvable para tus doloridos huesos. He disfrutado de ir de nuevo a tu lugar especial y vuelvo del paseo envuelto en la oscuridad temprana de las cortas tardes del mes de febrero, deseoso de compartir contigo mi más reciente percepción de un lugar que hacía tanto tiempo que no visitaba.

Me sorprende la oscuridad del rellano y encuentro la casa más fría de lo esperado. Ya he vuelto, te grito mientras busco el interruptor, asumiendo que estás en el piso de arriba, pero no obtengo respuesta. Abuelo, ¿estás arriba? Insisto, tras quitarme el abrigo, empezando a encarar las escaleras con calma para enseñarte mi tesoro. No me alarma la ausencia de respuesta, pues hace algún tiempo que tus audífonos te dan problemas y conozco tu costumbre de abandonarlos en la mesita de noche mientras estás dentro de casa.

Mi corazón se para un instante cuando creo oír unos débiles golpes que proceden de tu cuarto de baño. Me detengo un instante para escucharlos mejor, y cuando se repiten me dirijo corriendo a la puerta del aseo. Mi decisión se congela con la mano en el pomo

y decido preguntarte tímidamente, estás ahí, abuelo. ¿Puedo pasar? Apenas escucho tu hilo de voz, entra.

El baño está a oscuras y tú tendido, tembloroso, sobre un charco de agua helada en el suelo, con la ropa empapada. Enciendo la luz y es solo el hecho de que no veo rastro de sangre lo que me permite, a duras penas, mantener la calma. ¿Estás bien? solo consigo preguntarte, tengo frío, niño, me respondes y el tono de tu voz suena tan asustado que me pone los pelos de punta. Me arrodillo contigo en el charco y te cojo la mano. Tranquilo, abuelo, pronuncio, dándote una tregua de tu soledad de quién sabe cuántas horas tendido en el suelo.

Tap-tap, tap, tap, tap... detengo la carrera y extendiendo el brazo para tocar la última farola antes del muro que marca el final del paseo. Inspiro profundo, espiro profundo. Coloco los brazos en jarras y continúo caminando a ritmo lento, mientras recupero progresivamente la respiración.

Vulnerable. Nunca pensé que pudiese aplicarle ese adjetivo a mi abuelo antes de ese día. Divertido, ocurrente, cariñoso, generoso, inteligente, orgulloso a veces, incluso intimidante en las pocas ocasiones en las que entre todos conseguíamos irritarle tanto como para que levantara la voz, pero nunca antes lo había visto vulnerable. Decido parar la marcha y me apoyo en la barandilla sobre la segunda playa del Sardinero. Súbitamente me doy cuenta de que desde que se cayó hasta el último día en el hospital no le he podido ver de otro modo que no fuese vulnerable y tal vez es ese intercambio de roles entre él y yo en los últimos días lo que me tiene tan perturbado. Sin embargo, ¿qué representan veintiséis días de vulnerabilidad en la vida de una persona?

Retomo el camino a casa caminando sin prisa. Está en mi poder escoger cuál es mi imagen de él y hay muchísimas para elegir. Me quedo con su forma de recolocar mi bufanda, de llevarme con determinación de la mano cuando era un niño que apenas sabía leer. Me quedo con sus ojos ilusionados mientras me descubría su lugar preferido, con su voz satisfecha al teléfono tras saber que había logrado alegrarme un mal día. Pero me quedo también con su mirada clavada en la mía, tendido en el suelo del cuarto de baño, con el alivio de saberse ya seguro y la confianza absoluta en que yo podía, como mil veces hizo él conmigo, ayudarlo y cuidarlo.